

María Cristina
Quintanar Miranda*

ETNOMUSICOLOGÍA

La música mazateca en la fiesta de muertos de Santa María Chilchotla, Oaxaca



El grupo etnolingüístico mazateco habita principalmente al noroeste del estado de Oaxaca, en 21 municipios que se distribuyen en tres regiones climáticas: la Parte Alta, la Parte Media y la Parte Baja. En la actualidad los mazatecos comparten con los demás grupos étnicos de México una situación de gran complejidad por los cambiantes escenarios económicos, políticos e ideológicos en los que se pone en juego su definición como poblaciones étnicamente diferenciadas; por fortuna, a lo largo de su prolongada historia los grupos indígenas han demostrado que son capaces de cambiar para seguir siendo ellos mismos.

En este trabajo vamos a hablar de la música mazateca, y desde una perspectiva etnológica analizaremos su funcionamiento como un mecanismo de identidad étnica en el contexto de la fiesta de muertos. Entiendo por música mazateca la música creada, interpretada y consumida por los integrantes de ese grupo étnico, y que se reproduce principalmente en el contexto ritual de la fiesta de Todos Santos. Entonces vamos a describir esta festividad en el caso concreto del municipio de Santa María Chilchotla (que corresponde a la Parte Media) y, al mismo tiempo, iremos señalando de qué manera la música actúa como un mecanismo de identificación étnica.

El concepto identidad étnica se refiere al uso que da un determinado grupo indígena a elementos culturales como la lengua, religión, historia,

* Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Querétaro.

etcétera, para identificarse y de ese modo relacionarse con otros grupos culturales. La identidad no puede darse en términos absolutos y es resultado de un proceso cambiante históricamente, ligado a contextos específicos. En ese sentido, en lugar de hablar de la identidad étnica como un todo es más adecuado hablar de mecanismos de identificación étnica, lo cual nos permiten reflejar la identidad en proceso y en situaciones concretas, tal como lo asumen los individuos y los grupos.

El ritual del día de muertos

El ritual colectivo más importante que realizan los mazatecos durante el año es la fiesta de muertos, una celebración conmemorativa de los antepasados que coincide con una etapa del ciclo agrícola, nada menos que el momento de la cosecha del maíz. Esta festividad rebasa en importancia incluso a la fiesta patronal de Santa María Chilchotla, por ser la época en que los migrantes regresan masivamente al pueblo y, en consecuencia, tiene gran capacidad de convocatoria, pues ni los que están en la región ni los que están lejos se la quieren perder.

Uno de los aspectos más distintivos de esta fiesta es la música de los huehuentones. Esta música mazateca mantiene una gran vitalidad, por ello puede considerarse como un mecanismo que contribuye a fortalecer la identidad colectiva del grupo, pues todos los habitantes de la región comparten el conocimiento y el gusto por esta manifestación cultural y se identifican con ella. Aquí cabe mencionar que si bien la lengua materna regional mantiene una gran vitalidad, hay quienes están dejando de hablar mazateco, sobre todo los que han sido migrantes. Lo curioso es que durante la fiesta, que es un contexto ritual, el idioma predominante es el mazateco, pues aún quienes dicen no hablarlo cantan las canciones en esa lengua.

La fiesta de muertos normalmente dura 10 días, comienza el 27 de octubre y concluye el 5 de noviembre, aunque se puede alargar o retraer algunos días en función de la abundancia o escasez de recursos. Las manifestaciones rituales de la fiesta son música, cantos, danza, elaboración de altares, ingestión de bebidas y



alimentos especiales, velaciones en el panteón, además de oraciones en determinados momentos. Durante el periodo de la fiesta las actividades cotidianas quedan suspendidas y se dice que está prohibido trabajar, aunque esta prohibición se refiere específicamente a las actividades agrícolas, pues hay otras labores que deben realizarse y también implican mucho esfuerzo.

La fiesta de muertos constituye un espacio de cohesión social, pues todos los miembros de la comunidad participan en roles tradicionales que refuerzan su adscripción al grupo. Las mujeres se encargan de preparar alimentos especiales como tamales de frijol y de carne, mole y atole agrio. Durante estos días se come el pan de muerto —pequeños panecillos que se hacen en la región y tienen la forma de una persona—, por lo que representan a las almas de los difuntos; en mazateco se les llama *nioshila jchota* o “pan de gente”. En cada casa todos los miembros del grupo doméstico participan en la realización de bellos y ricos altares en los que se ponen ofrendas para sus parientes fallecidos.

A lo largo de la fiesta se dan intercambios materiales y simbólicos que refuerzan los lazos de parentesco y reciprocidad; por ejemplo, la mayoría ha cosechado naranjas y es muy común llegar de visita a una casa y salir con un costal de naranjas; además, en cada casa se preparan tamales y pan de muerto, alimentos que se reparten entre conocidos y familiares. Lo importante no son los objetos intercambiados, sino las relaciones de solidaridad, pues muchas veces lo que se intercambia son alimentos para colocarse en el altar, y la gente dice “toma, es para tus muertitos”.

Como parte de la fiesta se realizan también cuatro velaciones en el panteón: el 31 de octubre en la tarde y el 1 de noviembre en la madrugada se prenden las ceras para los “angelitos”, es decir, para los niños difuntos; durante la tarde del día 1 y la madrugada del 2 las velas son para los difuntos mayores. Incluso en el cementerio se mantiene el intercambio simbólico, ya que cada grupo familiar llega al lugar con un paquete de velas y al pasar junto a conocidos o parientes van intercambiando cirios.

El significado de los huehuentones

Para entender mejor esta fiesta es indispensable hablar de los huehuentones, los grupos de personas que se disfrazan para representar a los muertos y que constituyen un elemento central para todo el desarrollo de la ceremonia ritual.

Cada grupo de huehuentones se estructura de la siguiente manera: por un lado hay una marcada distinción por sexo, ya que los varones son quienes se disfrazan, mientras las mujeres fungen como espectadoras; sin embargo, cabe mencionar que sólo de manera reciente ha empezado a darse participación femenina en muy pequeño porcentaje, sobre todo de niñas acompañadas de sus padres y hermanos

—y esto es importante remarcarlo porque refleja lo dinámico de la cultura—. Por otro lado, las reglas mazatecas de parentesco establecen como patrón residencial las familias extensas patrilocales, por ello los diversos grupos de huehuentones corresponden en gran medida con tales núcleos residenciales, de manera que en la cabecera municipal de Santa María Chilchotla se tienen grupos de huehuentones como los Escobedo, los Carreño, los del Llano, los del Centro, etcétera. Pero en las comunidades la mayoría de varones jóvenes, que casi siempre son familiares, forma los grupos de huehuentones que llevan el nombre de su respectiva comunidad, y entonces se tiene, por ejemplo, los huehuentones de Santa Herminia, de Cerro Calvario, o de Cañaltepec.

Los grupos de huehuentones aglutinan un número variable de integrantes, que puede ser de 15 a 50 en función del número de habitantes de una comunidad; si bien puede haber comunidades muy pequeñas, lo importante es que hay cuando menos un grupo en todas las comunidades. Cada grupo se compone de los huehuentones propiamente dichos —es decir, los que se disfrazan, bailan y actúan—, y un contingente de músicos y acompañantes que no tocan ni se disfrazan pero siempre van con ellos.

Huehuentón es una palabra de origen nahuatl que se refiere a los viejos —se sabe de varios carnavales de



Soneros veracruzanos, ca. 1920. Fonoteca INAH, núm. de inv. 03708.

huehues difundidos en distintas partes del país y se les llama de manera similar, huehuenche, huehuenchones, huehuetones, etcétera—; sin embargo, en mazateco se les llama de dos maneras distintas: una de ellas es *chamah*, y según la etimología mazateca *cha* significa gente, mientras *mah* significa negro, por lo que se traduciría como hombres negros, concepto que hace alusión a los muertos y es lo que simbolizan estos personajes. La otra manera de designarlos es *cha xo'o*: *cha* es gente y *xo'o* ombligo, por lo que se interpreta como “persona que viene del ombligo de la tierra”. En ambos casos lo que subsiste es la referencia a los muertos, los que vienen del otro mundo, pues según la creencia “los que ya se fueron” nos vienen a visitar durante estos días.

El término *cha xo'o* alude a la antigua cosmovisión mesoamericana, en la que el cosmos estaba dividido en 13 cielos y nueve regiones del inframundo, y la última de éstas era precisamente el lugar de los muertos. Dichos términos en mazateco son muy importantes porque muestran cómo a través de este ritual se siguen reproduciendo mitos muy antiguos, y el hecho de compartir este bagaje simbólico es también una manera de afirmar su identidad respaldada en valores y símbolos perpetuados durante siglos. Así, los varones que se disfrazan pierden sus atributos de seres vivos para encarnar a los muertos, y el propio concepto de *cha*

mah confirma que se trata de hombres negros que representan a los ausentes, a la muerte, a la oscuridad, en contraste con los vivos, con la vida, con la luz, con lo blanco.

Durante este periodo los *cha mah* actúan de manera anónima, cada individuo pierde su personalidad particular, lo que nos permite comprender la importancia del disfraz y la seriedad con que se asume el hecho de que nadie los reconozca. Por ello, tanto para disfrazarse como para quitarse el disfraz se van a un lugar apartado, también cuando comen o beben algo lo hacen escondiéndose para que no los identifiquen; más aún, si un *cha mah* es identificado, nunca se le debe llamar por su nombre propio, pues según el decir de la gente “es peligroso”. A todos se les llama bajo el nombre genérico de *cha mah*, *cha xo'o* o *yoba*, que traducen como enmascarado.

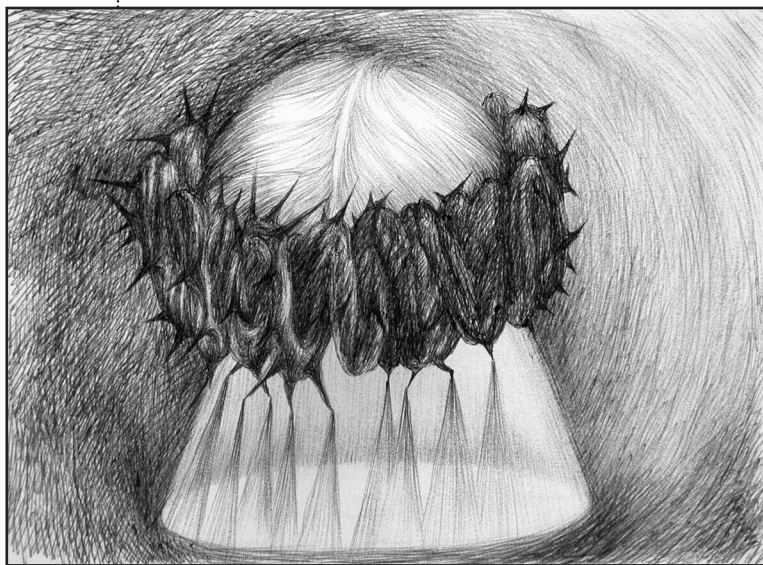
Los elementos del disfraz son los siguientes: una máscara que puede representar animales o personas, un sombrero, y ropas viejas y estrafalarias que van de acuerdo con lo que representa la máscara. Antes de colocarse la máscara se cubren la cabeza y la cara con dos paliacates o trapos, pues “no se les debe ver el cabello ni nada para que no los reconozcan”, dado que el hecho de disfrazarse representa un acontecimiento de mucho respeto.

En la región mazateca esta fiesta es una de las principales demostraciones de identidad cultural; sin embargo, como sabemos, la identidad tiene un carácter de contraste: se afirma lo que somos en oposición a los otros. En este sentido el desarrollo de la fiesta funge como distintivo regional, pues en cada municipio adquiere rasgos específicos. En Chilchotla, por ejemplo, no se acepta que los músicos se disfracen, mientras en Huautla o San José Independencia tal variante sí está permitida —y claro, en cada lugar dicen que su versión es la auténtica. En Chilchotla afirman que los músicos no deben disfrazarse ni bailar como señal de respeto y sí, en general, los músicos siempre tienen una actitud muy formal—, mientras los *cha mah*, disfrazados, son quienes hacen las bromas y bailan.

La música étnica como valor de identidad

El grupo de músicos que acompaña a los *cha mah* en sus cantos y danzas utiliza diversos instrumentos tradicionales: un tambor —es muy importante que sólo haya uno por grupo, y por lo general se le encarga a un niño, del que dicen que es como el corazón de la fiesta—, uno o dos violines, una o dos guitarras, una o dos vihuelas, y otras percusiones como raspadores, quijadas de burro, etcétera.

En cuanto a las canciones cantadas y bailadas por los *cha mah* o *cha xo'o*, ya se había señalado la importancia de que fueran interpretadas en mazateco, dado que para este grupo social la lengua es un pilar fundamen-



tal para su identidad étnica, en la medida de que constituye el primer indicio de que se pertenece a la cultura del grupo. Así, aunque en muchos ámbitos y contextos se hable español, es muy ilustrativo que se utilice únicamente el mazateco para las canciones (manifestaciones rituales), de esta manera se refuerza la tradición y se asume como algo muy propio.

Estas canciones pueden ser divididas en dos clases: las tradicionales y las nuevas; las primeras son conocidas e interpretadas por todos los miembros de la comunidad, y tratan fundamentalmente sobre “los muertitos” y otros aspectos relativos a la festividad; se caracterizan



por tener un lenguaje metafórico muy especial, y entre ellas pueden mencionarse las piezas de protocolo cantadas al principio y al final de cada representación.

Las canciones nuevas se componen cada año y así van conformando el repertorio de cada grupo, aun cuando se trata de una práctica implantada de manera reciente y se relaciona con la instauración del concurso de huehuentones. Dicho evento comenzó a realizarse en 1983, en el municipio de Chilchotla, a instancias de intelectuales locales preocupados por la preservación de su cultura, y actualmente ya se ha difundido a otros municipios. El concurso se lleva a cabo el primer día de la fiesta, el 27 de octubre, y participan muchos grupos, tanto de la cabecera como de las comunidades. El requisito es presentar una composición nueva, el tema es completamente libre pero deberá ser interpretado en mazateco.

Es interesante hacer notar que a través de estas canciones se hace una revisión de aspectos fundamentales de la cultura e historia del grupo. Los temas abarcan desde pensamientos filosóficos —abordados en una pieza como “Sobre lo pasajero que somos en este mundo”— hasta cuestiones de la vida cotidiana de la comunidad —por ejemplo, “Está comiendo sabroso el marranito gordo”—; también pueden aludir a determinados aspectos religiosos locales, como en la canción “Sobre la Virgen Magdalena”, que es la patrona del pueblo, o bien referirse a elementos míticos identitarios como “Sobre los chilchotlecos gatos”, pues cada municipio tiene referentes que evocan sus historias míticas particulares. Algunas canciones hacen una revisión de los sucesos ocurridos durante el año, por ejemplo: “Sobre los hombres soldados” en referencia a la presencia militar en la zona, o “Cómo cada día se va poniendo más difícil la situación”; en otras se habla de la historia étnica más antigua: “Sobre cómo respetaron la cruz nuestros viejos”, sobre su situación como minoría en un sistema dominante: “Sobre la opresión que sufrimos por los extranjeros”, e incluso acerca de cuestiones políticas locales y de todo lo que a ellos les parezca digno de comentar.

Para participar en el concurso los grupos de huehuentones no sólo deben componer la música y letra de la canción, sino además realizar una coreografía de acuerdo con el tema. Así los huehuentones recrean

de manera satírica diversos aspectos de la vida y costumbres mazatecas, entre ellas las labores agrícolas, la vida cotidiana, los personajes políticos, etcétera. Desde una perspectiva de identidad esto es muy interesante, ya que a partir de elementos culturales como la música, la danza e incluso la representación escénica los mazatecos transmiten la comprensión local de su historia contemporánea.

Y es aquí donde tenemos una clara muestra del papel de la música tradicional ante los procesos de globalización, ya que para los mazatecos representa una posibilidad de revisar un contexto social, económico y político que les tocó vivir durante el año con idiosincrasia y racionalidad propias. Y aun cuando la mayor parte del año, fuera del ciclo de esta fiesta del día de muertos, se vean inmersos en las influencias de la sociedad nacional, y escuchen, por ejemplo, música generada fuera de la región, en el contexto de la celebración ritual producen, interpretan y consumen su propia música.

El tiempo de la fiesta y el tiempo del ritual

Aunque la fiesta de muertos empieza a finales de octubre, los grupos de huehuentones, es decir, músicos y danzantes que se van a disfrazar, comienzan a ensayar desde septiembre, pues luego de la jornada laboral se reúnen por las tardes para ensayar las canciones tradicionales, crear nuevas piezas y planear cómo van a ser sus disfraces.

El gran ritual comienza el 27 de octubre a la hora del crepúsculo, cuando los varones empiezan a reunirse en el panteón, un espacio diferenciado del ámbito en que transcurre la vida cotidiana durante el tiempo de vigilia. El panteón funge como una puerta liminar entre el inframundo, de donde vienen los muertos, y el mundo de los vivos. De hecho, el ambiente festivo y de alegría se conjuga perfectamente con una actitud de mucho respeto a las creencias, y todo se realiza en función de los estrictos protocolos que marca la costumbre.

Así, los huehuentones se disfrazan por primera vez y, para comenzar, el jefe de cada grupo hace recomendaciones a los demás: les dice que deben comportarse dentro de las normas, ya que esta fiesta no se hace úni-



camente con intenciones de divertirse, sino con mucho respeto para conservar las tradiciones y la costumbre. Después se reza un rosario y una oración en la que piden permiso para llevar a cabo el ritual, y es hasta ese momento cuando empieza la música, misma que no dejará de sonar hasta que todo culmine, pues representa la esencia de la fiesta.

Como tiene que haber un orden específico, la celebración inicia con un canto llamado “Alma santa”, que hace alusión al alma de los muertos y por ello debe ser interpretada con mucho sentimiento, tanto por los músicos como por los danzantes. A partir de ahí cada grupo sigue un recorrido especial: deben salir del panteón uno por uno y se dirigen a la iglesia, donde una persona de cada grupo toca las campanas para anunciar a todo el pueblo que ya empezaron los festejos. Luego de tocar una pieza muy alegre, a la que llaman “Canción de entrada”, se dirigen al palacio municipal, donde se encuentran reunidas las autoridades y mucha gente se congrega con el entusiasmo de ver por primera vez a los *cha mah*. Ahí vuelven a tocar “Alma santa” y la “Canción de entrada”, acción con la que piden permiso a las autoridades para realizar la fiesta y luego interpretan varias canciones más, tanto tradicionales como del repertorio nuevo de cada grupo. Una vez que piden y se les otorgan las autorizaciones correspondientes, toda la gente sabe que la fiesta ha comenzado.

A partir de ese momento, y durante los 10 días siguientes, cada grupo comienza a visitar todas las casas del pueblo durante la noche; como cada contingente de *cha mah* sigue una ruta distinta, cuando una familia quiere que la visiten echa cuetes para llamarlos. Por el camino los músicos dejan de tocar y el único instrumento que suena es el tambor. Cuando el grupo llega a una casa, pasan al sitio en que se encuentra el altar y ahí comienzan a bailar; pues nuevamente se interpretan las dos piezas ya mencionadas, para luego alternar canciones nuevas y las tradicionales, que todos los grupos conocen. Al tiempo que los músicos interpretan las melodías, los disfrazados bailan de una manera muy peculiar, pues con sus movimientos deben representar a los ancianos que vienen cansados por su viaje desde el otro mundo. Entre una y otra canción el jefe del grupo, que debe ser una persona carismática, hace bro-

mas para divertir a los anfitriones. Utilizan un lenguaje ritual en el que se hacen inversiones de la realidad, para ellos el día es la noche y la noche es el día, los niños son viejos y los viejos son niños. Así, por ejemplo, al llegar a una casa pueden decir “buenos días viejito” refiriéndose a un niño pequeño, y de esa manera hacen reír a todos, pues de hecho se vive un ambiente de mucha alegría.

Después de un rato de bromas, música y canciones la familia anfitriona les ofrece alguna bebida, alimentos y cigarros —por lo general se brinda café, atole, aguardiente, cerveza, arroz con leche, galletas, tamales, pan, aun cuando se dice que antes les daban mole o cosas más elaboradas. Los disfrazados se van a un rincón o se salen de la casa para alimentarse sin que nadie los vea “como seres de este mundo”, y después vuelven a interpretar otra tanda de canciones que finaliza con una pieza especial “De despedida”. Así van de casa en casa durante toda la noche y el transcurso de la madrugada, y en caso de que llegaran dos o más grupos a una misma casa, la gente se siente obligada a recibirlos “para que regresen”.

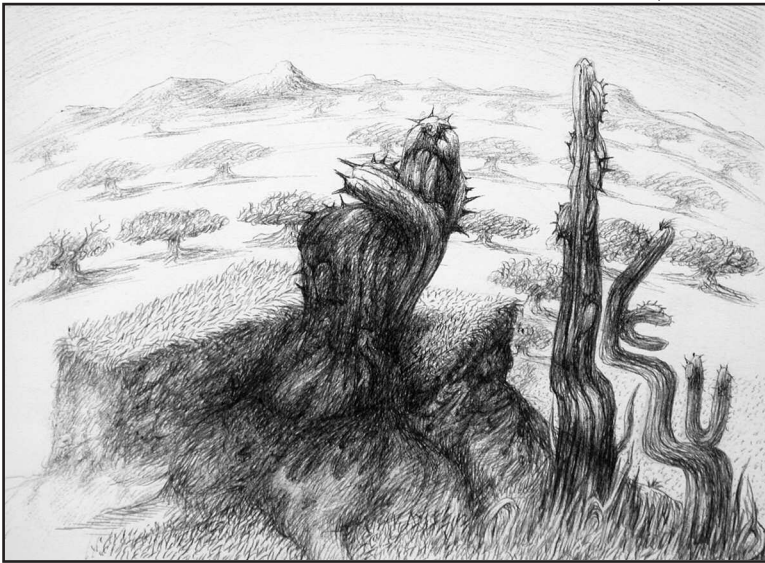
Las actividades de los *cha mah* son sobre todo de noche y de día descansan; pero además hay ocasiones en que los grupos cantan y danzan por periodos muy extensos, ya que pueden comenzar una noche, continuar toda la madrugada, la mañana siguiente y seguir hasta la tarde, descansar un rato y en la noche volver a empezar el ciclo. Al término de cada jornada los miembros del grupo se van a un sitio de retiro, donde se quitan el disfraz sin que nadie los vea y al día siguiente se lo volverán a poner; este lugar es generalmente la casa de alguno de los *cha mah*, donde también ensayaron antes de que comenzara la fiesta.

Durante las velaciones en el panteón, los grupos de huehuentones llegan a cantar y bailar, por ello la estancia en dicho lugar, lejos de ser lúgubre, resulta un acontecimiento lleno de música y de cantos, a lo que debe añadirse el colorido de las flores y la magia de las velas.

Los eventos finales

Cuando se acerca el fin de la fiesta, los huehuentones empiezan a encargar piñatas a todas las familias que

visitan, y por lo regular las niñas y jovencitas se ocupan de decorar las ollas de barro con papel de China; el último día de la celebración los huehuentones salen a plena luz y pasan de casa en casa a recoger sus *mundos* (así le llaman a las piñatas). Esta vez sólo interpretan una canción muy triste y melancólica, ya que se están despidiendo, y alrededor de las 16:00 horas todos los grupos de la cabecera y de algunas rancherías cercanas se reúnen para romper las piñatas que les han obsequiado; para la comunidad, ésta será la oportunidad para ver a los *cha mah* por última vez. Cada miembro del grupo rompe cuando menos una piñata, mientras los músicos interpretan sus canciones; al terminar, cada grupo pasa a la iglesia y uno de ellos toca la campana



para anunciar su despedida. De ahí se dirigen al panteón, se quitan el disfraz y agradecen el hecho de que la fiesta haya salido bien, y piden disculpas por las faltas que hayan cometido; luego se van todos a la casa de alguno de ellos para platicar sobre cómo será la fiesta el próximo año.

Aun cuando en los días siguientes todos retoman sus actividades normales, el ritual no ha llegado a su fin, pues cada grupo de huehuentones organiza una fiesta conocida como *jcha trua nia* que significa “vamos a bailar de blanco”; es decir, como seres de este mundo. Es un gran baile que tiene lugar en un espacio muy

amplio; por lo general ya no se disfrazan, mas ocasionalmente puede aparecer todo el grupo: músicos y disfrazados, cantar una canción y ofrecer la fiesta a los invitados para luego quitarse el disfraz y vestirse normalmente. En esta fiesta ya no se vuelve a escuchar la música tradicional de los huehuentones, sino que se tocan cumbias y música popular diversa.

Ya para terminar, es interesante remarcar que durante estos días de celebración la música es constante y es interpretada con enorme entusiasmo por gran cantidad de artistas locales; además, algunos grupos han logrado grabar sus interpretaciones a través del INI o de pequeñas compañías discográficas. Como decíamos al principio, los mazatecos crean y consumen esta música, y

en los días de plaza hay puestos que ofrecen una variedad de cassettes con música grabada de huehuentones, y también es posible adquirirlos en varios de los comercios establecidos. Así, en la mayoría de casas se acostumbra escuchar durante el día esta música tradicional reproducida en grabadoras.

Conclusión

Después de esta rápida revisión de la fiesta de muertos en el municipio mazateco de Santa María Chilchotla, podemos decir que la música mazateca actúa como un mecanismo de identificación étnica porque le permite a los habitantes de la región autodefinirse culturalmente. Para los mazatecos, la música propia es

también una importante posibilidad de revisar su historia y su contexto actual, pues refleja de manera artística y emotiva la imagen que tienen de sí mismos. Con esto abogamos por el respeto a la diferencia, y porque ésta no implique desigualdad.

BIBLIOGRAFÍA

- Bartolomé, Miguel, *Gente de costumbre y gente de razón: las identidades étnicas en México*, México, Siglo XXI/INI, 1997.
- Quintanar M., María Cristina, “La gente de nuestra lengua. El grupo etnolingüístico *jchota éna* (mazatecos)”, en Barabas, Alicia y Miguel Bartolomé (coords.), *Configuraciones étnicas en Oaxaca. Perspectivas etnográficas para las autonomías*, vol. II, México, Conaculta INAH, 1999.